

el señor de Wolmar; ¿es V. por casualidad cristiano? Hago por serlo, le dije con entereza. Creo todo lo que la religion puede comprender, y respeto lo demas sin desecharlo. Julia me miró en señal de aprobacion, y volvimos à tomar el hilo de nuestra conversacion.

Despues de haberme dicho otras particularidades que me han dado à entender cuan activo, infatigable y provido es el celo maternal, concluyó observando que se ceñia exactamente su metodo à los dos fines que se habia propuesto, conviene à saber: à dejar que se desenvolviera la indole de los niños, y estudiarla. Los míos en nada estan sujetos, dijo, y no pueden abusar de su libertad; no puede ni depravarse, ni constreñirse su caracter; dejamos que su cuerpo se fortalezca à sus anchuras, y que brote su razon; no envilece la esclavitud su alma, no hacen las agenas miradas que fermenta su amor propio; no se creen ni hombres pujantes, ni animales atados, sino niños venturosos y libres. Para preservarlos de los vicios que no hay en ellos, me parece que tienen un preservativo mas fuerte que razonamientos que no entenderán, ó que en breve los fastidiarian, y es el ejemplo de las buenas costumbres de todo cuanto cerca de sí miran; son las conversaciones que oyen, que aqui son naturales en todo el mundo; y no se necesita componerlas de proposito para ellos; es la paz y la union que presencian; es la conformidad que ven que sin cesar en la respectiva conducta de todos, y en la conducta y las palabras de cada uno reina.

Criados en su sencillez primera, ¿de donde pueden venirles vicios de que no han visto ejemplo, pasiones que no tienen ocasion ninguna de sentir, preocupaciones que nada les infunde? Ya V. ve que ningun error los seduce, y que no se manifiesta en ellos ninguna mala inclinacion. Ni es terca su ignorancia, ni porfiados sus deseos; se ha precavido toda propension al mal; está justificada la naturaleza; todo lo cual me prueba que los defectos que le achacamos no son obra suya sino nuestra.

Asi abandonandose à las inclinaciones de su corazon, sin que nada las disfrace ó las altere, no reconocen nuestros hijos una forma esterna y artificial, sino que conservan exactamente la de su original caracter; asi diariamente se desenvuelve à nuestros ojos este caracter, sin reserva, y podemos estudiar los movimientos de la naturaleza hasta en sus mas reconditos principios. Ciertos de que no los han de reñir ni castigar, ni saben mentir ni ocultarse, y en todo cuanto dicen ya sea à nosotros, ó ya entre ellos, dejan ver sin disfraz todo cuanto en lo interior del alma tienen. Libres de charlar todo el dia entre ellos, ni siquiera piensan en sujetarse un instante cuando estoy yo presente. Ni los reprendo nunca ni los hago que callen, ni finjo que los escucho, y aunque dijeran las cosas mas reprobables haria que no las oia; pero en la realidad los escucho con la mayor atencion sin que ellos lo conozcan; lleva un asiento puntual de cuanto dicen y hacen, que son las producciones naturales del terreno que ha de cultivarse. En sus labios una espression viciosa es una yerba exotica cuya grana la ha traído el viento; si con una reprobacion la corto volverá en breve à brotar de nuevo; en vez de eso busco secretamente la raiz, y tengo cuidado de arrancarla. Solo soy, me dijo sonriendose, el mozo del jardinero: ecardo el jardin, y quito la yerba mala; al jardinero le toca cultivar las buenas.

Tambien hemos de convenir en que con todo el esmero que hubiera podido yo tomarme era menester tener buenos alrededores para que no se malograran sus afanes, dependiendo el logro de mi empresa de un concurso de circunstancias que acaso fuera de aqui nunca se ha hallado; requerianse las luces de un padre ilustrado para distinguir por entre las preocupaciones establecidas la verdadera arte de gobernar à los niños desde que nacen; requerianse toda su paciencia para ponerla en ejecucion, sin contradecir nunca con su conducta sus lecciones; requerianse buena indole en los niños, y que hubiera hecho la naturaleza lo suficiente para poderse con-

placer en su obra; requerianse que los criados fuesen inteligentes, tuviesen buenas intenciones y contribuyesen al desiguo de sus años; con uno solo aduldor ó colérico habria bastado para echarlo à perder todo. Verdaderamente cuando al cumulo de causas esternas que pueden frustrar los mas prudentes desiguos y trastornar los mas bien concertados planes se atiende, debemos dar gracias à la fortuna de todo lo bueno que en la vida se hace, y decir que en mucha parte pende de la dicha la sabiduria.

Diga V., esclamé, que pende mucho mas de la sabiduria la dicha. ¿No ve V. que ese concurso de que se da el parabien es obra suya, y que todo cuanto à V. se acerca se ve precisado à semejarle à V.? Madres de familias, que mal conocéis vuestro poder cuando os quejais de que no hallais quien os ayude! Sed todo cuanto ser debeis, venceris todos los estorbos, y si cumplis bien con todas vuestras obligaciones precisareis à cada uno à que cumpla con las suyas. ¿No son vuestros derechos los de la naturaleza? No obstante las maximas del vicio, siempre serán preciosas para el corazon humano. Ah; resolvéis à ser esposas y madres, y el mas suave imperio que hay en la tierra tambien será el mas respetado.

Por conclusion de esta conversacion notó Julia que todo se habia hecho mas facil con la llegada de Henrieta. Es cierto, dijo, que mucho menos afan y maña necesitaria yo si quisiera introducir la emulacion entre los dos hermanos; pero me parece muy arriesgado este medio, y mas quiero tomarme mas trabajo, y no aventurar nada. Henrieta suple à esto; como es de otro sexo, la mayor, que ambos la quieren con exceso, y tiene una capacidad superior à su edad, la constituyo en algun modo su primer aya, y con tanto mas fruto, cuanto sus lecciones son para ellos menos sospechosas.

La educacion de ella es de competencia mia; pero son principios tan distintos que merecen una conversacion separada. A lo menos puedo afirmar de

antemano que será difícil añadir cosa alguna à las dadas de la naturaleza, y que valdrá tanto como su propia madre, si puede alguien del mundo valer tanto como ella.

Milord, de un dia para otro estamos aguardando à V, y esta debiera ser mi ultima carta; pero no se me esconde lo que dilata su permanencia en el ejército, y me estremezco. No menos inquieta se halla Julia y ruega à V. que nos dé noticias suyas mas à menudo, y le suplica que considere cuando arriesgue su persona, que es à costa del sosiego de sus amigos. Yo por mi nada tengo que decir; haga V. su obligacion; ni puede salir un consejo medroso de mi corazon, ni caber en el suyo. Querido Bonston, bien lo sé, la unica muerte digna de tu vida fuera verter tu sangre por la gloria de tu pais; pero no debes tener alguna cuenta con tu vida por aquel que solo por ti la suya ha conservado?

## CARTA IV.

DE MILORD EDUARDO A SAN PUEX.

Por las dos últimas cartas de V. veo que me falta una anterior à ambas, que es verosimilmente su primera escrita al ejército, en que se hallaba la explicacion del pesar secreto de la señora de Wolmar. Esta no la he recibido, y colijo que estaria acaso en la mala de un correo que hoy han cogido. Asi repítame V., amigo mio, su contenido; se confunde mi cabeza, y se inquieta mi corazon, porque una y mil veces lo digo: ¿si no habitan la paz y la felicidad en el alma de Julia, donde morarán en la tierra?

Disipe V. sus temores acerca de los riesgos à que me cree espuesto; las habemos con enemigo sobrado habil para dejar que corramos ninguno; con un puñado de gente inutiliza todas nuestras fuerzas, y en todas partes nos priva de los medios de ataque. No obstante, como nosotros somos confiados, bien pudieramos remover dificultades insuperables para mejores generales, y forzar al fin à los franceses à que nos derroten. Yo

pronóstico que pagaremos caros nuestros primeros triunfos, y que la batalla ganada en Detinga hará que perdamos una en Flandes. Tenemos contra nosotros á un gran capitán, que además goza la confianza de sus tropas, y el soldado francés, cuando con su general cuenta, es invencible; por el contrario se hace con él lo que se quiere: cuando le acudían palaciegos que desprecia, y esto sucede con tanta frecuencia, que hasta con aguardar un cuento de palacio y ocasión oportuna para vencer sobre seguro la nación mas valerosa del continente, y muy bien lo saben ellos mismos. Viendo Milord Marlborough la buena fama y el semblante marcial de un soldado cogido en Blenheim (1) le dijo: si hubiera habido cincuenta mil como tú en el ejército francés, no se hubiera dejado vencer así. Voto á Dios! replicó el granadero, sobran hombres como yo, lo que falta es uno como vos. Pues este hombre como él manda ahora el ejército de Francia, y falta en el nuestro, pero nosotros no pensamos en eso.

Sea como fuere, quiero presenciar las maniobras de lo que queda de la campaña, y estoy resuelto á permanecer en el ejército hasta que tome cuarteles de invierno. Todos saldremos gananciosos en esta tardanza. La estación está muy adelantada para atravesar los montes, pasaremos el invierno donde está V. y no iremos á Italia hasta el principio de la primavera. Diga V. á los señores de Wolmar que he tomado esta nueva determinación para disfrutar á todo mi sabor del tierno espectáculo que V. tan bien me describe, y para ver á la señora de Orbe viviendo en compañía de ellos. Siga V., querido, escribiendome con la misma diligencia que hasta aquí, y me dará mas gusto que nunca. Mi recámara me la han cogido, y me hallo sin libros, pero leo las cartas de V.

## CARTA V.

DE SAN PREUXA MILORD EDUARDO.  
¿Que alegría me causa el aviso que

me da V. de que pasaremos el invierno en Claren! pero que caro me lo hace pagar deteniéndose mas largo tiempo en el ejército! Lo que mas me desazona es ver claramente que antes que nos separásemos estaba ya tomada la determinación de la campaña, y que no me quisiese V. decir palabra. Milord, bien vea la razon de ese secreto, y no puedo agradecersele á V. ¿Tanto me desprecia V. que creyese que tuviese complacencia en sobrevivirle, ó conoce en mi tan pocos afectos que á la honra de morir con mi amigo los prefiriera? Si no era digno de seguir á V., debía dejarme en Londres, y me habría ofendido menos que con enviarme aquí.

Por la última de V. veo claro que se ha perdido una de mis cartas, y esta perdida ha debido ser causa de que le hayan parecido oscuros muchos pasajes de mis dos siguientes; pero daré á V. espacio las ilustraciones necesarias para entenderlos bien. Lo que por ahora mas importa es sacar á V. de la inquietud que acerca de la pesadumbre secreta de la señora de Wolmar manifiesta.

No repetiré á V. la continuación de la conversacion que con ella tuve despues de la partida de su marido. Posteriormente han sucedido cosas que me han hecho olvidar una parte de ella y la hemos entablado tantas veces durante su ausencia, que me atengo á un resumen para aborrazar repeticiones.

Me ha informado de que este mismo esposo que tanto en hacerla feliz se esmeraba, era el único autor de todo su quebranto, y cuanto mas sincera era su reciproco afecto, mas que sentir le daba. ¿Quién lo dijera, Milord? este varon tan sabio, tan racional, tan distante de toda especie de vicios, tan poco sujeto á las pasiones humanas, nada de lo que da realce á las virtudes cree, y con la inocencia de una vida irreprochable lleva en lo interior de su corazón lo horrorosa paz de los malos. La reflexion que de esa contraposicion nace aumenta el pesar de Julia, que al parecer mejor le perdonaria que desco-

(1) Así llaman los ingleses la batalla de Hochstet.

noiese al autor de su ser, si tuviera mas motivos de temerle, ó mas soberbia para arrostrarle. Apaigüe un culpado en buen hora su conciencia á costa de su razon, anime la gloria de pensar de otro modo que el vulgo á un dogmatizante, este error se entiende á lo menos; pero, continua Julia suspirando, ¿un hombre tan de bien, y tan poco envanecido con su saber que gana con ser incredulo?

Es menester estar informado del carácter de ambos esposos, es menester verlos en el seno de su familia, equivaliendo uno para otro á lo demas del universo, es menester conocer la union que entre los dos en cualquier otro punto reina para hacerse cargo de cuanto debe turbar el embeleso de esta su distinto modo de pensar sobre este solo. El señor de Wolmar, criado en el rito greco, no era capaz de sufrir los disparates de tan ridiculo culto. Muy superior su razon al necio yugo que ponerle querian, en breve le sacudió con desprecio, y desechando de consuno cuanto de tan sospechosa autoridad venia, precisado á ser impio, se hizo ateista.

Habiendo despues vivido siempre en pais catolicos, no aprendió á formar mejor opinion de la fe cristiana por la que en ellos se profesa. No vió otra religion que el interes de sus ministros; observó que todo estaba cifrado en vanas monerías con el afeite algo mas sutil de palabras que nada significan; reconoció que toda la gente decente era unanimemente de su parecer, y no lo ocultaban; que hasta el clero con algo mas recato se mofaba en secreto de lo

que en público enseñaba; y varias veces me ha protestado que despues de largas pesquisas y mucho tiempo no habia encontrado en su vida mas que tres eclecricos que creyesen en Dios (1). Queriendo ilustrarse de buena fe sobre estas materias se habia engolfado en las tinieblas de la metafísica, donde no tiene el hombre otro hilo que los sistemas que lleva hechos, y viendo en todas partes dudas solo y contradicciones, cuando ha venido al fin entre cristianos era muy tarde, ya se habian cerrado su fe á la verdad, y no era accesible á la certidumbre su razon; y destruyendo todo lo que le probaban un sentimiento sin asentar otro, ha concluido combatiendo á una toda especie de dogmas, y ha dejado de ser ateista para hacerse escéptico.

Este es el marido que destinaba el cielo para aquella Julia en quien ha visto V. fe tan sencilla y piedad tan suave. Pero es menester haber vivido con ella con tanta intimidad como su prima y yo, para saber cuan inclinada es á la devocion por su naturaleza esta tierna alma. Diria uno que no pudiendo bastar ningun objeto terrenal á saciar el fuego de amor que la consume, se ve forzado este esceso de sensibilidad á subir á su fuente. No es, como santa Teresa, un corazón enamorado que se fragua ilusiones, y se quiere engañar en su objeto; es un corazón verdaderamente inagotable, que no han podido dejar exhausto ni el amor ni la amistad, y que coloca sus afecciones superabundantes en el unico ser digno de absorberlas (2). No la desprende el amor de Dios de las criaturas, y no

(1) No permita Dios que apruebe yo estas duras y temerarias aserciones, solo si afirmo que hay personas que las sustentan, y que su osadía sobradas veces la autoriza la conducta del clero de todos los paises y de todas las sectas. Pero lejos de que sea mi animo ponerme vilmente á cubierto con esta nota, diré sin rebozo mi dictamen sobre este punto, y es que ningun verdadero fiel puede ser intolerante ni perseguidor. Si fuere yo magistrado, y fulminara la ley pena de muerte contra los ateistas, empezaria quemando como á tal á cualquiera que viniese á denunciar á otro.

(2) Como así! ¿con que solo se darán á Dios los restos de las criaturas? Por el contrario es tan poco lo que pueden las criaturas ocupar del corazón humano, que cuando le creemos lleno de ellas le encontramos aun vacío. Es menester un objeto infinito para llenarle.

le infunde aspereza ni acrimonia. Todos estos apegos por la misma causa producidos se animan uno con otro, comunicándose mas embeloso y dulzura; y yo creo que menos devota fuera si amara con menos ternera à su padre, à su marido, à sus hijos, à su prima y à mí propio.

Y es lo raro que cuanto mas lo es, menos se figura serlo, y que se queja de sentir en sí una alma arida, que no sabe amar à Dios. Es en balde afanarse, dice muchas veces; el corazon no se estrecha sino por medio de los sentidos ó de la imaginacion que los representa: ¿y que medio tenemos para ver ó imaginar la inmensidad del gran Ser? (1) Cuando à él me quiero elevar, no sé donde me hallo; no encontrando relacion ninguna entre él y yo, no sé donde buscarle, nada siento ni veo, caigo en una especie de anonadamiento; y si me atreviese à juzgar de los otros por mí propia, me recelaria que los extasis de los místicos proceden antes de un cerebro vacío que de un corazon lleno.

¿Pues que hay que hacer, continuó, para librarse de las fantasmas de una razon que se descarria? Susituyo un culto rudo, pero à mis alcances, à esas contemplaciones sublimes que esceden mis facultades. Abajo con sentimiento mio la divina Majestad; interpongo objetos sensibles entre ella y yo; no pudiendo contemplarla en su esencia, la contemplo à lo menos en sus obras, la amo en sus beneficios, pero de cualquiera manera que haga, en vez del amor puro que exige, solo una gratitud interesada puedo presentarle.

Asi todo se convierte en afecto en su sensible corazon. En el universo entero no encuentra Julia mas que motivos de gratitud y ternura; en todas partes ve la

mano bienhechora de la Providencia; sus hijos son las prendas caras que de ella ha recibido; en las producciones de la tierra coge sus dadas, ve la mesa cubierta por su largueza; se duerme bajo su amparo; se despierta en paz por su bondad; adora en las desgracias sus lecciones y en la prosperidad sus favores; los bienes que disfruta, todo cuanto ama, son nuevo motivo de tributarle homenaje; y si se esconde el Dios del universo à sus ojos flacos, en todas partes ve al padre comun de los humanos. ¿Honrar asi sus beneficios soberanos no es servir en cuanto es posible al Ser infinito?

Contemple V., Milord, que tormento es vivir en la soledad con aquel que participa de nuestra existencia y no puede participar de la esperanza que nos la hace amar, no poder ni bendecir con él las obras de Dios, ni hablar de la benayentanza futura que nos promete su bondad, verle obrando bien, insensiblemente cuanto hace gratas las buenas obras, y por la mas estraña inconsecuencia pensar como impio y vivir como cristiano. Imaginése V. à Julia en paseo con su marido; celebrando aquella en el rico y herido arreo que ostenta la tierra la obra y los dones del Autor del universo; no viendo este en todo ello mas que una casual combinacion, donde no hay otro vinculo que el de una ciega fuerza. Imaginése V. dos esposos sinceramente unidos, no atreviéndose, por el temor de importunarse reciprocamente, uno à las reflexiones, otro à los afectos que las inspiran los objetos que presentes tienen, y sacando de su mismo cariño la obligacion de violentarse sin cesar. Casi nunca nos paseamos Julia y yo sin que alguna vista pintoresca y amena le recuerde estas dolorosas ideas. Ay, dice enternecida, el espectáculo de la na-

(1) Es cierto que es necesario fatigarse el entendimiento para elevarse à las ideas sublimes de la Divinidad. Un culto mas sensible sostiene el espíritu del pueblo, que gusta que le presenten objetos de piedad que le dispensen de pensar en Dios. Siguiendo estas maximas, ¿tan mal han hecho los catolicos en llenar sus rezos, sus calendarios, sus altares de angelitos, de buenos mozos, y de santas bonitas? El niño Jesus en manos de una hermosa y modesta madre, es el par uno de los mas afectuosos y mas gratos espectaculos que à los ojos de los fieles puede presentar la devocion cristiana.

taleza, para nosotros tan vivo, tan animado, es muerto à los ojos del malhadado Wolmar; y en esta inmensa armonia de los seres, donde todo con tan dulce voz à Dios anuncia, nada mas distingue que eterno silencio.

V. que conoce à Julia, que sabe cuanto anhela por esplayarse este comunicativo pecho, conocerá cuan penosa le seria esta reserva, aun cuando otro inconveniente no tuviese que tan triste diversidad en aquellos entre quienes todo debe ser comun. Pero contra su voluntad nacen otras ideas en pos de esta, y en balde se afanan por desechar estos involuntarios terrores, que cada instante vuelven à desasosegarla. ¿Que horror es para una esposa tierna imaginarse el Ser supremo vengando su divinidad desconocida; pensar que la felicidad del que la hace feliz se ha de acabar con su vida, y contemplar en el padre de sus hijos un reprobó! En representandome esta horrorosa imagen, apenas la preserva toda su blandura de la desesperacion, y la religion que tan acerba la incredulidad de su marido le hace es la unica que le da fuerzas para sufrirla. Si me niega el cielo la conversion de estos hombres de bien, dice con frecuencia, no tengo mas que una gracia que pedirle, que es morir yo la primera.

Esta es, Milord, la causa sobrado justa de sus secretos pesares; esta es la pena interior que parece que carga su conciencia con el endurecimiento ageno, y que eso mas cruel se torna que mas en disimularla se afana. El ateismo, que se presenta la cara descubierta entre los papistas, se ve obligado à esconderse en todo pais, donde permitiendo la razon creer en Dios, se quita la unica disculpa que tienen à los incredulos. Naturalmente desconsuela este sistema; si halla fautores en los grandes y ricos à quienes es propicio, en todas partes le mira con horror el pueblo oprimido y miserable, que viendo que exime à sus tiranos del unico freno que puede contenerlos, ve tambien que con la esperanza de la otra vida del unico consuelo que le dejan en esta le privan. Conociendo la señora de Wolmar el tual efecto que haria aqui el

pirronismo de su marido, y deseando sobre todo preservar à sus hijos de tan peligroso ejemplo, sin dificultad ha hecho prometer que guardaria el secreto à un hombre veridico y sincero, pero callado, sencillo, sin vanidad, y muy distante de querer quitar à los otros un bien de que el mismo está privado. No dogmatiza nunca, va con nosotros al templo, y se conforma con los estilos establecidos; sin profesar esplicitamente una fe que no tiene, evita el escandalo, y hace sobre el culto regulado por las leyes todo cuanto puede exigir de un ciudadano el estado.

En cerca de ocho años que hace que estan unidos, solo la señora de Orbe sabe el secreto, porque se le han fiado. En cuanto à lo demas, tambien se observan las apariencias, y con tan poca afectacion, que al cabo de seis semanas que habiamos pasado juntos en la mayor intimidad, no habia tenido siquiera la mas leve sospecha, y acaso nunca hubiera adivinado la verdad en este punto, si no me la hubiera dicho la misma Julia.

Varios motivos la determinaron à esta confianza. Lo primero, que reserva con la amistad que entre nosotros reina es compatible? No es agravar sin provecho sus pesares quitarse la libertad de participarselos à un amigo? Ademas no ha querido que fuera mas tiempo mi presencia estorbo à las conversaciones que con frecuencia entre los dos tienen acerca de un asunto que tanto à ella interesa. Finalmente sabiendo que debia V. en breve venir à pasar una temporada con nosotros, ha deseado con el consentimiento de su marido que le informase de antemano de los sentimientos de este, porque de la sabiduria de V. espera un suplemento à nuestros vanos esfuerzos, y efectos dignos de ella.

El tiempo que para firmarse su quebranto escogió me ha dado à sospechar otro motivo que se ha guardado ella de decirme. Nos dejaba su marido; nos quedabamos solos, se habian amado nuestros corazones, y todavía no lo habian olvidado; si hubieramos tenido un deslize, todo nos entregaba al oprobio. Claro

veía que habla temido el quedarse á solas conmigo, y que procuraba tomar precauciones; y me probó sobrado la escena de Meillerie que aquel de nosotros dos que menos de sí desconfiaba era el unico que debía desconfiar.

Con el recelo injusto que le infundia su natural encogimiento, no imaginó precaucion mas segura que la de tener sin cesar delante un testigo acreedor al mas profundo respeto, llamar por tercero al integro y tremendo Juez que ve las acciones secretas, y sabe leer en lo hondo del corazon. Cercabase de la suprema Majestad, y veía perpetuamente á Dios entre ella y yo. ¿Que deseo culpado hubiera podido saltar esta valla? Al fuego de su celo se acrisolaba mi corazon, y participaba yo de su virtud.

Estas graves conferencias ocuparon casi todas nuestras conversaciones á solas en ausencia de su marido, y desde que este ha vuelto las añadamos muchas veces en su presencia. Tomó cartas en ellas, como si de otro se tratara, y sin despreciar nuestros cuidados nos da muchas veces buenos consejos acerca del modo como debemos raciocinar con él. Esto mismo es lo que me hace perder la esperanza del logro, porque si tuviera menos candor pudiera acometerse el vicio del animo en que se apoyase su incredulidad; pero tratandose solo de convencerle, ¿donde hallaremos luces que no haya él tenido, y razones que no se le hayan presentado? Cuando con él he querido entrar en disputa he visto que cuantos argumentos podia yo emplear, los habia apurado ya en balde Julia, y que estaba muy distante mi sequedad de aquella elocuencia del corazon, y aquella meliflua persuasion que de sus labios mana. Milord, nunca convertiremos á este hombre, es muy frio y no es malo; no se trata de moverle; le falta la parte interior ó la

(1) *¿Cuanto mas natural es este sentir lleno de humanidad, que el horroroso celo de los perseguidores, siempre afanados en atormentar á los inocentes, como para condenarlos desde esta vida, y hacerse precursores de los demonios! Nunca me cansaré de decirlo: esos perseguidores no son creyentes, sino picaros.*

sensibilidad, y esta sola puede hacer invencibles todas las demas.

Aunque ponga mucho esmero su muger en encubrirle su tristeza, la conoce y participa de ella, que no se engaña una vista tan clara como la suya. Cuanto mas disimula ella su pesar mas sensible es para él. Me ha dicho que ha tenido muchas veces tentaciones de ceder en la apariencia, y fugir para sosegarla sentimientos contrarios á los suyos; pero es muy impropia de él semejante bajera de alma. Sin deslumbrar á Julia hubiera sido nuevo tormento para ella este disimulo, y se hubiera eclipsado entre los dos la buena fe, la ingenuidad, la union de los corazones que de tantos males consuela. ¿Haciendose desestimar de su muger podia acaso desvanecer sus temores? En vez de gastar disfraces con ella le dice con sinceridad lo que piensa, pero se lo dice en tono tan sencillo, con tan poco desprecio de las opiniones vulgares, tan lejos de aquella ironica altivez de los espíritus fuertes, que causan á Julia mucha mas tristeza que enojo estas confesiones, y que no pudiendo comunicar á su marido sus afectos y sus esperanzas, procura con mayor diligencia reunir en torno de él los transitorios contentos á que ciñe su felicidad. Ah, dice dolorida, una vez que para este infeliz no hay mas bienaventuranza que la de este mundo, hagamos que á lo menos halle en el cuanta dicha fuere posible (1).

El velo de tristeza que cubre su union esta operacion de afectos prueba mas que ninguna otra cosa el ascendiente invencible de Julia por los consuelos de que está acompañada esta tristeza, y que ella sola acaso en el mundo podia unir con esta amargura. Lejos de convertirse en exasperacion, en villipendio y riñas, siempre todas sus diferencias, todas sus cuestiones acerca de este importante asunto se concluyen con algu-

na escena de ternura, que hace que sea mayor el cariño del uno al otro.

Ayer habiendose entablado la conversacion sobre esta materia, que se agita muchas veces cuando no somos mas que los tres, venimos á parar en el origen del mal, y me esforzaba yo á demostrar que no solo no habia mal absoluto y general en el sistema de los seres, pero tambien que eran los males particulares muy mas leves de lo que á primera vista parecen, y que bien evaluados los escedian en mucho los bienes individuales y particulares. Citaba su propio ejemplo al señor de Wolmar, y penetrado de la dicha de su situacion se la pintaba con tan vivos colores, que él mismo me pareció conmovido. Estas son, dijo interrumpiendome, las seducciones de Julia: siempre sustituye la sensibilidad á la razon, y la presenta tan afectuosa, que siempre es menester darle un abrazo por respuesta. ¿No será acaso de su maestro de filosofia, añadió sonriendo, de quien ha aprendido ese modo de argumentar?

Dos meses antes me hubiera cruelmente cortado el donaire; pero se acabó el tiempo de la cordedad, no hice otra cosa que echarme á reir, y aunque se sourojó Julia un poco, no me pareció mas cortada que yo. Seguimos, y sin disputar acerca de la cantidad de mal, se contentó Wolmar con la confesion que fué preciso hacer de que, poco ó mucho, al fin existe el mal; y de sola esta existencia colegia defecto de potencia, de inteligencia, ó de bondad en la primera causa. Yo por mi parte, procuraba señalar por origen del mal físico la naturaleza de la materia, y del mal moral la libertad humana. Le sustentaba que podia Dios hacerlo todo, escepto criar otras sustancias tan perfectas como la suya, y en que no tuviese cabida el mal. En el fervor de la disputa estábamos cuando reparé que habia desaparecido Julia. Adivine V. donde está, me dijo su marido viendo

que la buscaban mis ojos. Habrá ido dije á hacer alguna hacienda en la casa. No, dijo, no habria escogido para otros asuntos el tiempo de este; todo se hace sin que ella me deje y sin que ponga mano en nada.—Pues estará en el cuarto de los niños.—Tampoco, no son mas preciosos para ella sus hijos que mi salvacion.—Norabuena, repliqué, lo que hace yo no lo sé, pero estoy cierto de que está ocupada en alguna útil tarea.—Menos todavia, dijo con frialdad, venga V., venga, y verá si he adivinado bien.

Echó á andar muy quedo, y yo le seguía de puntillas. Llegamos á la puerta del gabinete, que hallamos cerrada, y la abrió él con violento empujon. ¿Que espectáculo, milord! Veo á Julia de rodillas, cruzadas las manos, y bañada en lagrimas. Levantóse con precipitacion, enjugandose los ojos, tapandose la cara, y procurando huirse: nunca se ha visto vergüenza igual. No le dejó tiempo su marido para que se saliese; fué corriendo á ella en un especie de raptó. Querida esposa, le dijo besandola, el fervor mismo de tus ruegos perjudica á tu causa. ¿Que les falta para ser eficaces? Mira; si fueran oídos en breve serian escuchados. Si lo serán, le dijo con un tono entero y de persona persuadida, no sé la hora ni la ocasion. ¡Ojala que la comprara yo á costa de mi vida! que sería mi postrero dia el mas bien empleado de ella.

Venga V., milord, deje sus malhadados combates, venga á cumplir obligacion mas noble. ¿Prefiere el sabio el honor de matar hombres á afanes que pueden salvar á uno? (1).

#### CARTA VI.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

¿QUE, aun despues de la separacion del ejército un viaje á Paris? Se olvidaba V. del todo de Clarens, y la que en él habita? le queremos á V. menos que

(1) *Aquí habia una larga carta de milord Eduardo á Julia. Mas adelante se hablará de esta carta, que por valederas razones hemos tenido que suprimir.*

milord Hyda? le necesita mas este amigo que los que aqui le esperan? V. nos fuerza à formar deseos contrarios à los suyos, y me obliga à sentir no tener credito con la corte de Francia para hacer que le negaran los pasaportes que espera. Satisfagase V. no obstante, vaya à ver à su digno patriota. Contra la voluntad de V. y la de él seremos vengados de esta preferencia, y por mucho que sea el gusto de V. en vivir con él, bien sé que cuando esté con nosotros sentirà el tiempo que no nos haya consagrado.

Cuando recibí la carta de V. sospeché al principio que alguna comision secreta...; Que medianero mas digno para la paz!... ¿Pero otorgan su confianza los reyes à varones virtuosos? Se atreven à escuchar la verdad? Saben honrar siquiera el verdadero merito?... No, no, amado Eduardo, no es V. apto para el ministerio, y tengo tan buena idea de V., que creo que si no hubiera nacido par de Inglaterra, nunca hubiera llegado à serlo.

Ven, amigo, mejor estarás en Clarens que en la corte. ¡Oh, que invierno vamos à pasar todos juntos, si no me engaña la esperanza de nuestra reunion! Cada dia la prepara trayendo aqui alguna de aquellas almas privilegiadas que tanto se quieren una à otra, que tan dignas son de amarse, y que al parecer solo à V. esperan para no necesitar de nadie mas en el universo. Cuando V. supo el feliz acaso que ha hecho que pasase por aqui la parte contraria del baron de Etange, previó lo que debia resultar de esta casualidad, y lo que efectivamente ha sucedido (1). Este eterno litigante, aunque casi tan inflexible y entero como su contrario, no ha podido resistirse al ascendente que à todos nos tiene sojuzgados. Despues que ha visto à Julia, que la ha oido, que ha conversado con ella, se ha avergonzado de litigar contra su padre, y se ha marchado à Berna con tan buenas disposi-

ciones, que la composicion está ya muy adelantada; y segun escribe ultimamente el Barón, le esperamos de vuelta dentro de pocos dias.

Ya habrá V. sabido todo esto por el señor de Wolmar, pero lo que es probable que no sepa todavía es que habiendo al fin despachado sus negocios la señora de Orbe, está aqui desde el jueves, y no tendrá en adelante otra casa que la de su amiga. Como estaba ya avisado del dia de su llegada, fui à recibirla sin que lo supiese la señora de Wolmar, que queria coger de sorpresa, y me volví con ella, habiendola encontrado mas acá de Lutri.

La hallé mas viva y encantadora que nunca, pero variable, distraida, sin escuchar ni menos responder, hablando sin conexion, y por arranques, entregada en fin à aquella inquietud de que no es posible preservarse cuando va uno à lograr lo que con arlor y perseverancia ha deseado. A cada instante parecia que temblaba volver atras. Aunque tanto tiempo dilatada, esta partida se habia efectuado con tanta aceleracion, que ama y criados tenian perdida la cabeza. En el menudo bagaje que traía reinaba un risible desorden. Cada vez que se temia la doncella haberse olvidado de algo, afirmaba siempre Clara que lo habia mandado poner en el arcon del coche; y fué lo bueno que cuando se fué à mirar no se encontró cosa ninguna.

Como no queria que oyese Julia el carruaje, bajó en el camino, atravesó los patios corriendo como una loca, y subió con tanta priesa, que fué menester que tomara aliento despues del primer tramo de escalera, antes de subirla toda. El señor de Wolmar vino à recibirla, y ella no le pudo hablar una palabra.

Al abrir la puerta del cuarto vi à Julia sentada cerca de la ventana, y à Henrieta en sus faldas como la coge muy à menudo. Clara traía meditada una soberbia arenga à su moda, mezcla de donaires y afecto; pero al poner el pie

en el umbral de la puerta, à Dios arenga, à Dios donaires, todo se olvidó; se lanza volando à su amiga, y gritando con un rebato que no es posible pintar: Prima, siempre, para siempre, hasta la muerte! Henrieta al ver à su madre, salta y corre à ella gritando tambien: Mama! Mama! con toda su fuerza, y pega con ella con tanta violencia que cayó la pobre chica en el suelo del golpe. Esta repentina aparicion, esta caída, el jubilo, la turbacion, de tal modo à Julia sobrecogieron, que habiendose levantado con los brazos abiertos, dando un grito muy agudo, volvió à caer y se desmayó. Clara quiere levantar à su hija, y ve perdida la color à su amiga, vacila, y no sabe à cual acudir. Por fin viendo que yo levanto à Henrieta, corre exhalada à dar socorro à Julia desmayada, y cae encima de ella en el mismo estado.

Henrieta viendo las ambas privadas de movimiento, se puso à llorar y dar gritos que hicieron acudir à la Paca; la una se arroja à su madre, la otra à su ama. Yo embargado, sin sentido, andaba con desatentados pasos por el cuarto, sin saber lo que hacia, con interrumpidas exclamaciones, y un movimiento convulsivo que no podia contener. Wolmar propio, el frio Wolmar se sintió conmovido; ¡Oh sensibilidad, sensibilidad, dulce vida del alma! ¿que corazon de acero no te dió jamas albergue? ¿cual es el mortal desventurado de quien nunca sacaste lagrimas? En vez de acudir à Julia se arrojó en un sitial este feliz esposo contemplando ansiosamente tan grato espectáculo. No tema V. nada, me dijo viendo mi zozobra; estas escenas de contento y jubilo, si por un momento dejan exhausta la naturaleza, luego la animan con nueva lozania, y nunca son peligrosas. Dejeme V. paladear el gozo que disfruto, y V. participa. ¡Cual debe ser para V.! Nunca habia gustado otro semejante, y soy el menos feliz de los seis.

Milord, puede V. por este primer instante venir en conocimiento de lo demas. En toda la casa escitó esta reunion un estruendo de alegria, y una fermentacion que todavia no se ha sosegado.

Fuera de sí Julia estaba en una agitacion cual nunca la habia visto; no fué posible en todo el dia pensar en nada mas que verse y abrazarse sin cesar con nuevos estremos, y ni siquiera se pensó en el salon de Apolo; en todas partes se hallaba el contento sin que hubiese necesidad de enlazar de él. Apenas hubo al otro dia serenidad de animo suficiente para disponer una fiesta. Sin Wolmar se hubiera hecho al revés. Cada uno se engalanó lo mejor que pudo: y no se permitió otro trabajo que el necesario para las diversiones. Celebróse la fiesta no con pompa, sino con delirio; reñaba en ella una confusion que la tornaba mas afectuosa, y su desorden hacia su mas lindo adorno.

Gastóse la mañana en poner à la señora de Orbe en posesion de su empleo de administradora ó mayordoma, y se daba priesa à ejercitar las funciones de tal con una diligencia de niño que nos hacia reir. Cuando entraron à comer en el hermoso salon vieron ambas primas en todas partes unidas y enlazadas con flores sus cifras. Julia al instante adivinó quien habia tenido esta atencion, y me dió un abrazo fuera de sí de gozo. Clara, contra su antigua costumbre, vacilaba en imitarla. Wolmar le dió vayo, y sonrojada tomó la determinacion de hacer como su prima. Los colores que notó que le salian à la cara produjeron en mí un efecto que no puedo explicar, però no dejé de sentir emocion en sus brazos.

Por la tarde hubo una soberbia merienda en el Gineceo, y por esta vez fuimos admitidos el amo y yo. Los hombres jugaron à tirar al blanco una alhaja que dió la señora de Orbe, y la ganó el recién venido, aunque menos ejercitado que los otros. Clara bien vió el verdadero motivo de su maña, y Hanz que tampoco se engañó, se negó à admitir el premio, però todos sus camaradas le forzaron à ello, y ya puede V. figurarse que no perderán nada por esta generosidad que han tenido.

Por la noche se juntó toda la familia, aumentada con tres personas, à bailar. Clara pareció tocada por mano de las gra-

(1) Se ve que aqui faltan muchas cartas intermedias, como tambien en otros muchos pasajes. Dirá el lector que semejantes omisiones son muy comunes para zafarse de las dificultades, y yo soy en un todo de su dictamen.

cias; nunca la he visto tan brillante como este día. Bailaba, hablaba, se reía, daba disposiciones, y con todo cumplía. Había jurado estropearme de fatiga, y después de cinco ó seis contradanzas muy vivas sin parar, no se olvidó de motejarme, como acostumbra, de que bailaba como un filósofo. Yo le dije que ella bailaba como un diablillo, que no hacía menos estrago, y que me temía que no me dejara rosegar de día ni de noche. Si tal, dijo, con esto va V. á dormir de un tirón hasta mañana, y me cogió por el brazo para volver á bailar.

Era infatigable; pero no sucedía lo mismo con Julia, que apenas se podía tener en pie, y le temblaban las rodillas mientras bailaba: era mucha su ternura para que pudiera estar alegre; se veían muchas veces lágrimas de júbilo que corrían de sus ojos; contemplaba como arrobada á su prima, y se complacía en tenerse por la forastera á quien daban la fiesta, y mirar á Clara como el ama de la casa que la disponía. Después de la cena tiré yo unos cohetes que había traído de la China, y que dieron mucho gusto. Velamos hasta muy adelantada la noche, al fin fue menester separarnos. La señora de Orbe estaba cansada ó debía estarlo, y no quiso Julia que se acostara mas tarde.

Poco á poco renace la serenidad, y con ella el orden. Clara, aunque tan alegre de genio, sabe, cuando quiere, tomar un tono de autoridad que se da á respetar, y tiene además un discernimiento y un juicio raro, la sagacidad de Wolmar, la bondad de Julia, y aunque en extremo liberal no deja de tener mucho arreglo; de suerte que habiendo envidado tan moza, y quedando encargada de la curaduría de su hija, no han hecho mas que prosperar entre sus manos los bienes de una y otra; de suerte que no es de temer que bajo sus ordenes esté la casa menos bien gobernada que antes. Esto proporciona á Julia la satisfacción de entregarse toda entera á la ocupación que es mas de su gusto, conviene á saber, la educación de los niños; y no dudo de que se aproveche en extremo Henrieta de todos los afanes

de que haya aliviado una de sus madres á la otra. Digo sus madres, porque viendo de que modo viven con ella no es fácil distinguir cual es la verdadera, y unos forasteros que han llegado hoy ó están, ó parece que están, todavía en la duda. Efectivamente ambas la llaman Henrieta ó hija indistintamente. Ella llama *mama* á la una, y á la otra *mamia*, reina el mismo cariño por una y otra parte, y obedece por igual á las dos. Si preguntan á las señoras de cual es hija, una y otra responden *mia*. Si preguntan á Henrieta, sale con que tiene dos madres. Con menos bastaría para confundirse. Sin embargo, los mas sagaces se deciden al fin por Julia. Henrieta, cuyo padre era rubio, es rubia como ella, y se le parece mucho, y en sus ojos tan suaves se retrata cierta ternura de madre todavía mejor que en el mirar mas risueño de Clara. La chica toma un semblante mas respetuoso y tiene mas cuenta consigo junto á Julia, y maquinalmente se sienta mas veces á su lado, porque Julia tiene mas veces que decirle. Se ha de confesar que militan todas las apariencias por la mamá; y yo he visto que era este error tan grato para ambas primas, que bien pudiera ser alguna vez voluntario, y hallarse un medio de obsequiarlas.

Milord, dentro de quince dias solo V. nos faltará aquí, y cuando esté, pensaré yo mal de cualquier hombre que en lo restante de la tierra busque virtudes y contentos que aquí no hubiera hallado.

## CARTA VII.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

TRES dias hace que pruebo cada noche escribir á V., pero después de un día laborioso me coge el sueño así que entro en el cuarto, y por la mañana al rayar del día es menester volver á la tarea. Una embriaguez mas suave que la del vino sume lo interior de mi alma en una turbación deliciosa, y no puedo perder un momento de placeres enteramente nuevos para mí.

No sé que morada pudiera desagradarme con la sociedad que en esta halla. Pero sabe V. porque Clarens me agra-

da por sí propia? porque aquí me siento verdaderamente en el campo, y que casi es la vez primera que puedo decir otro tanto. Las gentes de las ciudades no saben amar el campo, ni estar en él; apenas si mientras están saben lo que en él se hace. Desdénan sus faenas, sus contentos, no los conocen, y están en sus casas como en país extraño: no me espanto de que se enfaden. En el lugar es menester ser lugareño, ó no ir á él: porque, ¿á que van? Los moradores de París no van al campo cuando creen ir, que se llevan á París consigo. Cantores, ingenios agudos, autores y gorriones, son la comitiva que los acompaña. Sus únicas ocupaciones son juego, música y comedia (1). Está servida su mesa como en París, comen á la propia hora, les presentan los mismos aparatos, hacen las mismas cosas: lo mismo era quedarse, porque por muy rico que uno sea y mucho afán que se tome, siempre se padece alguna privación, y no es posible traerse consigo á París todo entero. De suerte que esta diversidad que tanto les agrada la evitan; nunca siguen mas que un modo de vivir, y se fastidian siempre.

La contemplación del trabajo rustico es muy agradable, y no tiene este nada que tan penoso sea que mueva á compasión. Le hace interesante el objeto de la utilidad pública y privada, y luego es la primera vocación del hombre, recuerda al ánimo una idea grata, y al corazón todos los embelesos del siglo. No se queda fria la imaginación al aspecto de la labranza y la siega, y tiene siempre la sencillez de la vida pastoril algo de afectuoso. Mírense los prados cubiertos de gentes que cantan tendiendo á secar la yerba, y los ganados esperecidos á distancia: insensiblemente se enternece uno sin saber porque. Así todavía alguna vez la voz de la naturaleza ablanda nuestros fieros corazones, y aunque la vemos con un sentimiento vano, es tan suave que con este se mezcla siempre cierto deleite.

Confieso que mucho atractivo quitan á estas margenes la miseria, que cubre los campos en ciertos países donde devora el publicano los frutos de la tierra, la aspera codicia de un colono avaro, y el rigor inflexible de un propietario inhumano. Unos caballos héticos que van á morir á latigazos, unos gañanes infelices estenuados de hambre, muertos de fatiga, y cubiertos de andrajos; unos lugareños de arruinados paredones presentan á la vista un triste espectáculo; casi siente uno ser hombre cuando piensa en los desventurados cuya sangre ha de beber. Pero que embeleso es ver á buenos y prudentes administradores, que la cultura de sus tierras la convierten en instrumento de sus beneficios, sus diversiones y sus contentos; que desparan á manos llenas las dadas de la Providencia, que apacientan todo cuanto cerca tienen, hombres y animales con los bienes en que rebosan sus trojes, sus bodegas, y sus graneros; que acumulan en torno de ellos la abundancia, y convierten las faenas que los enriquecen en fiestas continuas! Como no ha de ser uno arrastrado de la ilusión que causan estos objetos? Nuestro siglo y nuestros coetáneos se olvidan, nos trasportamos al tiempo de los patriarcas; queremos poner mano nosotros propios en la obra, tener parte en las faenas rusticas, y la dicha que con ellas está conexas. Oh tiempos de amor y de inocencia, en que eran tiernas y modestas las mugeres, en que eran sencillos los hombres y vivían contentos! Oh Raquel, doncella hermosa y con tanta constancia amada, venturoso aquel que por alejarte no sintió catorce años de esclavitud! Oh blanda alumna de Noemi, venturoso el buen anciano cuyos pies y corazón calentabas! No; nunca la beldad con mas imperio reina que en medio de las rusticas tareas. Allí están las gracias en su trono, ornadas de sencillez, de júbilo animadas; allí es ne-

(1) A esto se ha de añadir la caza; pero la hacen tan comodamente, que pierden la mitad de la fatiga y del gusto. Pero no quiero tratar aquí este artículo de la caza, que ofrece mucho que decir para una nota; y acaso se me presentará la ocasión en otra parte de hablar de ella.

cesario adorarlas aun en despecho nuestro. Perdona V., Milord, vuelvo à mi asunto.

Un mes hace que los calores del otoño preparaban felices vendimias; con las primeras heladas les hemos dado principio (1); el tostado pampano dejando descubiertos los racimos hace alarde de los dones del padre Lico, y parece que brinda à los mortales à hacerse dueños de ellos. Cargadas todas las viñas de este benefico fruto que ofrece el cielo à los malhadados para que se olviden de sus miserias, el estrepito de las tinajas, de las cubas, de los *egrefases* (2) que en todas partes se ponen en movimiento, el cantar de las vendimiadoras que en estas colinas resuena; el tragar continuo de los que llevan al lugar la vendimia, el ronco son de los rusticos instrumentos que al trabajo los anima; la amable y afectuosa pintura de una general alegría que en este instante estendida sobre la faz de la tierra parece; por fin el velo de niebla que levanta por la mañana el sol, como un telon de teatro, para descubrir à la vista tan grato espectáculo; todo conspira à darle un viso de fiesta, y esta fiesta cada dia es de mas regocijo para la reflexion, contemplando que es la unica en que hayan sabido los hombres reunir lo agradable con lo util.

El señor de Wolmar, cuyas mejores tierras en estas inmediaciones consisten en pagos de viña, ha hecho de antemano todos los preparativos necesarios. Las cubas, el lagar, la bodega, las pipas solo aguardaban el suave licor à que es-

tan destinados. La señora de Wolmar se ha encargada de la recoleccion, y le competen la eleccion de los operarios, y el orden y distribucion del trabajo. La señora de Orbe preside à los banquetes de la vendimia y à la soldada de los jornaleros conforme à la policia establecida, cuyos estatutos nunca se derogan aqui. El cargo mio es hacer observar en el lagar las reglas dadas por Julia, cuya cabeza no puede resistir al vapor de las cubas, y Clara no ha dejado de darme el parabien de este empleo como propio de un bebedor.

Repartidos asi los cargos, el comun oficio para llenar los huecos es el de vendimiador. Todo el mundo está en pie muy de mañana, y nos juntamos para ir à las viñas. La señora de Orbe, cuyas ocupaciones nunca satisfacen toda su actividad tiene ademas à su cargo el avisar y dar reprensiones à los perezosos, y puedo asegurar que conmigo desempeña esta comision con una maligna vigilancia. El baron viejo, mientras que estamos trabajando, se pasea con su escopeta, y viene de cuando en cuando à sacarme de con las vendimiadoras, para ir à matar tordos con él, à lo cual dicen que yo se lo he rogado en secreto, de suerte que poco à poco voy perdiendo el nombre de filosofo, para grangear el de holgazan, que en realidad poco se diferencia del primero.

Por lo que acabo de decir del Barón verá V. que es sincera nuestra reconciliacion, y que tiene motivo Wolmar para estar satisfecho de su ultima prueba (3). ¡Yo aborrecer al padre de mi

(1) La vendimia se hace muy tarde en el pais de Vaud, porque la principal cosecha es de vino blanco, y le es provechosa la helada.

(2) Especie de pipote muy grande del pais.

(3) Mas bien se entenderá esto con el siguiente trozo de una carta de Julia que no se halla en esta coleccion:

«Esta era, me dijo Wolmar cogiendome aparte, la segunda prueba que le tenia yo destinada. Si no hubiera halagado à tu padre, me habria desconfiado de él. Pero como se conciertan, le dije, esos halagos y tu prueba con la antipatia que tú mismo entre los dos has notado? Esa antipatia, replicó, no subsiste ya: las preocupaciones de tu padre han hecho à San Preux todo cuanto mal le podian hacer; ya no tiene nada que temer, y no las aborrece, sino que se conduce de ellas. El Barón por su parte no le teme ya, tiene buen corazon, conoce que le ha hecho mucho mal, y le tiene lastimado

amiga! No, aun cuando hubiera sido su hijo, no le hubiera honrado con mas veras. De verdad no conozco sugeto mas recto, mas ingenuo, mas generoso, mas respetable à todas luces que este buen caballero. Pero es rara le extravagancia de sus preocupaciones. Desde que está cierto de que no puedo ser de su familia no hay honra que no me haga, y con tal que su yerno no sea, consentiría de buena gana en concederme toda superioridad. La unica cosa que no le puedo perdonar es que cuando estamos solos se burla algunas veces del pretense filosofo acerca de sus antiguas lecciones: Estas chanzas son para mi muy pesadas, y siempre las llevo muy à mal; pero se rie de mi enojo y dice: Vamos à matar tordos, que ya basta de argumentos. Luego grita al irse: Clara! Clara! una buena cena para tu maestro, porque voy à hacerle coger ganas. Efectivamente de su edad corre por las viñas con su escopeta con tanta presteza como yo, y tira mejor sin comparacion. Lo que me venga en algo de sus donaires es que en presencia de su hija no se atreve à chistar, y que la discipulita no menos respeto pone à su propio padre que à su preceptor. Vuelvo à nuestras vendimias.

Ocho dias hace que nos empleamos en este agradable trabajo, y apenas estamos aun à la mitad. Ademas de los vinos destinados para la venta y las provisiones ordinarias que no exigen otra diligencia que el coger la uva con cuidado, la benefica hada prepara otros mas delicados para nuestros bebedores, y ayudo yo à las operaciones magicas de que he hablado à V. para coger en un mismo viñedo vinos de todos los paises. Para este hace enroscar los racimos cuando estan maduros, y los deja pasarse al sol en la cepa; para aquel hace despejar las uvas, y escoger los granos antes de echarlos en los cestos;

para el otro manda coger antes que salga el sol uva tinta, y llevarla despacio al lagar cubierta todavia de las perlas del rocío para esprimir de ella vino blanco. Hace vino de agenjos para el estomago (1), vino moscatel con varios simples. Todos estos diversos vinos tienen su aderezo particular; todas estas preparaciones son naturales y sanas; así suple por la variedad de terrenos una económica industria, reuniendo en uno solo veinte climas.

No puede V. comprender el celo y la alegría con que todo esto se hace. Cantan, rien todo el dia, y eso mas adelante el trabajo. Todo vive en la mayor intimidad; todo el mundo es igual y nadie se alza à superior. Las señoras son llanas, las labradoras decentes, los hombres elísticos y no mal hablados. Hay contienda sobre quien cantará las mejores letrillas, quien contará los mejores cuentos, y quien dirá los mejores chistes. La misma union engendra las alegres riñas, y si nos provocamos mutuamente es para manifestar cuanto nos fiamos unos de otros. No volvemos luego à casa para hacer de señores; Julia ha hecho fabricar un cuartito donde se va à calentarse el que tiene frio, y que sirve de albergue cuando llueve. Comemos con los labradores y à su hora, lo mismo que trabajamos con ellos: se come con gusto su sopa algo grosera pero saludable, y con excelentes legumbres. No se hace una mofa soberbia de sus trazas de lerdos, y sus cumplidos à lo patan; para que no estén incomodos se les habla sin afectacion. No pierden ellos ninguna de estas condescendencias, y las agradecen; y cuando ven que quieren sus superiores descender con ellos de su clase se quedan con mas gusto ellos en la suya. Para comer se traen los niños, y pasan en la viña lo demas del dia. ¡Con que gozo los ven llegar nuestros buenos aldeanos! Oh bienaventurados niños! dicen estrechan-

«Yo que serán muy amigos, y se tratarán con gusto, y así desde este instante hago de él entera confianza.»

(1) En Suiza beben mucho vino de agenjos, y como generalmente las yerbas de los Alpes tienen mas virtud que las de los llanos, hacen mas uso de infusiones.

DE SAN PREUX AL SEÑOR DE WOLMAR.

Disfrute V. querido Wolmar del fruto de sus afanes; y reciba los homenajes de un corazón apurado que con tanto trabajo ha hecho digna ofrenda suya. Nunca un hombre acometió tan alta empresa; nunca un hombre probó lo que V. ha ejecutado. Nunca una alma sensible y agradecida sintió lo que V. me ha inspirado. La mía había perdido su elasticidad, su vigor y su ser, y V. me los ha restituido. Estaba muerto para las virtudes como para la felicidad, y le debo la vida moral que siento renacer en mí. ¡Oh bienhechor mío, ó padre mío! dándome todo entero á V. no pueda, como al mismo Dios, ofrecerle mas que las dadas que le debo.

¿He de confesar á V. mi flaqueza y mis temores? Hasta ahora siempre he desconfiado de mí. No hace ocho días que me he avergonzado de mi corazón, y he creído perdida toda la bondad de V.; momento crudo y de desaliento para la virtud! Gracias al cielo y gracias á V. se ha ido para mas no volver. No solamente me creo sano porque me lo dice V. sino porque lo siento yo. No necesito que responda V. de mí, que me ha puesto en estado de responder de mi propio. Ha sido menester separarme de ella y de V. para saber lo que podia yo ser sin su apoyo. Lejos de los sitios que habita ella aprendo á perder el miedo de acercarme á su morada.

Escribo á la señora de Orbe las circunstancias de nuestro viaje, y no se las repetiré á V. Quiero que sepa V. todas mis flaquezas, pero no tengo valor para decírselas. Amado Wolmar, esto es mi último yerro, ya me siento tan distante de él, que le contemplo con orgullo; pero está todavía tan cerca la época que no puedo confesarle sin rubor. V. que perdonar mis descarrios supo ¿como no me ha de perdonar la vergüenza que se ha originado de mi arrepentimiento?

Nada falta ya para mi felicidad; todo me lo ha dicho Milord. Querido amigo,

yo seré de V., yo educaré á sus hijos. El mayor de los tres educará á los otros dos. ¡Con que ardor lo he deseado! cuanto aumenta mis afanes para corresponder á los de V. la esperanza de que me crea digno de este cargo! cuantas veces me atrevi á mostrar acerca de esto á Julia mis deseos! con cuanta satisfacción interpretaba muchas veces como propicias á mi las razones de V. y las de ella! Pero aunque agradecía mi celo, y aprobaba al parecer mis deseos, nunca la ví adoptar de tal modo mis ideas que me atreviese á explicarme sin rebozo ninguno. Conoci que era menester merecer esta honra sin solicitarla y esperaba de ella y de V. esta prenda de estimacion y confianza. No se me han frustrado mis esperanzas, y crean Vds., amigos míos, que tampoco frustraré yo las suyas.

Sabe V. que á consecuencia de nuestras conversaciones sobre la educacion de sus hijos habia yo hecho algunos apuntes de ideas que me habian ocurrido, y que V. aprobó. Desde mi partida he hecho nuevas reflexiones sobre la materia, y todo lo he reducido á una especie de sistema que comunicaré á V. cuando le haya digerido mas bien para que le examine despacio. Hasta despues de nuestro arribo en Roma no espero que esté en estado de que V. le lea. Este sistema empieza donde concluye el de Julia, ó mas bien es su continuacion y desarrollo; porque todo consiste en no estragar al hombre de la naturaleza cuando se le hace propio para la sociedad.

He recuperado mi razon por los esmeros de V.; ahora libre y sano de razon me siento amado de todo cuanto yo amo, se me presenta el mas halagüeño tiempo venidero; y debería ser deliciosa mi situacion, pero está escrito que no he de tener nunca sereno el animo. Al acercarse el termino de nuestro viaje veo la época de la suerte de mi ilustre amigo, y yo soy quien debo por decirlo así decidirla. ¿Sabré hacer á lo menos una vez por él lo que tantas veces él hizo por mí? sabré desempeñar dignamente la mayor y mas importante obligacion de mi vida? Querido Wol-

mar, en lo intimo de mi corazón llevo grabadas todas las lecciones de V., pero ¿porque para saber hacerlas utiles no llevo tambien conmigo su sabiduria? Ah, si un dia puedo ver á Eduardo feliz, si conforme á su proyecto y al de V. nos reunimos todos para no volvernos á separar, ¿que deseo me queda que formar? Uno solo, cuyo logro ni de V., ni de mí, ni de nadie en el mundo pende, sino de aquel que debe una recompensa á las virtudes de Julia, y cuenta para darles digna paga los beneficios de su marido.

CARTA IX.  
DE SAN PREUX A LA SEÑORA DE ORBE.

¿DONDE está V. encantadora prima? donde está V. confidente amable de este flaco corazón que por tantos motivos es suyo, y que tantas veces ha consolado? Venga V. á que vierta yo hoy en él la confesion de mi postrer error. ¿No pertenece siempre á V. el purificarle? y sabe afearse las culpas que con V. ha confesado? No; yo no soy ya el mismo, y á V. se le debe esta transformacion; V. ha hecho en mí un nuevo corazón que le ofrece sus primicias, pero no me creeré libre del que dejo hasta haberle depositado en sus manos. Reciba V. que le vió nacer sus últimos suspiros.

¿Lo hubiera V. pensado? el instante en que de V. me separé ha sido el que mas satisfacion me ha causado en toda mi vida. Convertido de mis dilatados estravios fijaba para este punto la época tardia en que volvía á la carrera del cumplimiento de mis obligaciones, empezaba en fin á pagar las inmensas deudas de la amistad, abandonando tan cara mansion por seguir á un bienhechor, á un sabio que fingiendo que necesitaba de los desvelos míos queria probar el efecto de los suyos. Cuanto mas dolorosa era para mí esta partida, mas ufano me ponia tamaño sacrificio. Despues de haber malgastado la mitad de mi vida en dar pabulo á una desventurada pasion, dedicaba la otra á justificarla, y á tributar en sus virtudes homenaje mas digno á aquella, á quien tanto tiempo consagré el de todo mi co-

razon, y señalaba abiertamente este dia como el primero de mi vida en que no se podian avergonzar conmigo ni V. ni ella, ni nada de cuanto amo.

Habia temido milord Eduardo que fuese la despedida sobrado tierna, y queríamos irnos sin ser vistos; pero mientras que todos estaban aun durmiendo no pudimos frustrar la vigilante amistad de V. Al ver entreabierta su puerta y su doncella de centinela; al ver que venia V. hacia nosotros; al entrar en su cuarto y hallar una mesa con té; la analogia de las circunstancias me hizo pensar en otros tiempos, y comparando con esta partida la otra cuya memoria me acordaba, me sentí tan distinto de lo que entonces era; que dandome el parabien de que fuera testigo Eduardo de esta diferencia, me prometí hacer de manera que olvidara en Milan la indigna escena de Besanzon. Nunca me habia sentido con tanto denuedo; me afanaba en mostrarlo; hacia alarde cerca de V. de una fortaleza cual nunca me habia visto, y me gloriaba al decirla de mostrarme un instante en su presencia tal cual iba á ser. Esta idea me daba nuevos brios, me fortalecia con la estimacion de V., y acaso le hubiera dicho á Dios sin humedecerse mis ojos, si sus lagrimas que por mis mejillas corrian no hubieran forzado las mias á confundirse con ellas.

Me parti lleno el corazón de todas mis obligaciones, especialmente penetrado de las que me imponen la amistad de V. y resuelto de veras á gastar lo que me queda de vida en merecerla. Pasando Eduardo la revista de todos mis yerros, me presentó á la vista una pintura nada halagüeña, y por su justo rigor en vituperar tantas flaquezas conocí que poco temor de imitarlas tenia. No obstante fingia estos temores; me hablabla inquieto de su viaje á Roma, y de las indignas conexiones que allá contra su voluntad le arrastraban; pero sin dificultad juzgué que abultaba sus propios riesgos para ocuparme mas en los míos, y apartarme mas de aquellos á que estaba yo espuesto.

Al acercarnos á Villanueva un lacayo